

estaban alumbradas, los guernesianos huyeron.

Al estar de allí algunos pasos, el francesillo volvió la cabeza y exclamó:

—Calla! ya no hay luz!

En efecto, ya no había claridad en las ventanas. La silueta del edificio se dibujaba como recortada en la lividez difusa del cielo.

Los niños no perdieron el miedo, pero excitados por la curiosidad, se acercaron otra vez á la casa.

Bruscamente las dos ventanas á la vez se iluminaron.

Los dos niños de Torteval echaron á correr. El diablillo francés no avanzó, pero tampoco se movió de donde estaba. Se quedó inmóvil, pero mirando resueltamente á la casa.

La claridad volvió á extinguirse y luego volvió á brillar. Su reflejo formaba vago reguero de fuego en la yerba, que había mojado la humedad de la noche. Hubo momentos en que el resplandor dibujó en la pared interior del edificio grandes perfiles negros y sombras de cabezas enormes que se movían. Como la casa no tenía techos ni tabiques y estaba reducida á las cuatro paredes y al tejado, no podía salir luz de una ventana sin salir también de la otra.

Viendo los dos rapazuelos que el aprendiz de calafate no abandonaba su punto de observación, volvieron hacia él, paso á paso, uno detrás de otro, trémulos y curiosos.

El aprendiz de calafate les dijo en voz baja:

—Hay aparecidos en esa casa. He visto la nariz de uno.

Los dos niños de Torteval se agazaron detrás del francés, y poniéndose de puntillas, apoyándose en él, le opusieron al objeto de su terror, tranquilizándose al colocarle entre ellos y la visión, y entonces miraron por encima de los hombros del francés.

La casa parecía que también los miraba, haciendo brillar en la muda oscuridad dos pupilas rojas, que eran las ventanas. La luz se eclipsaba, reaparecía y se volvía á eclipsar como hacen esa clase de luces. Esas intermitencias siniestras parece que tengan el vaiven del infierno. El respiradero del sepulcro debe tener esos efectos de linterna sorda.

De repente un bulto negro muy opaco, de forma humana, se encaramó por una de las ventanas, como si viniese de fuera, y se hundió en el interior de la casa. Les pareció que entraba alguno.

Entrar por las ventanas es achaque de ladrones.

Durante un momento fué la claridad más viva, después se extinguió para no reaparecer. La casa quedó enteramente oscura. Entonces salieron de ella ruidos semejantes á voces. Siempre sucede lo mismo. Cuando se vé no se oye; cuando se oye no se vé.

La noche en el mar tiene una taciturnidad particular. El silencio de la oscuridad es allí más profundo que en ninguna parte. Cuando no hay viento ni marejada, en su movediza extensión, donde ordinariamente no se oyen volar las águilas, se oíría volar una mosca. Esta paz sepulcral daba relieve lúgubre á los ruidos que salían del edificio.

—Vamos á ver qué es eso, dijo el francesillo, y avanzó hacia la casa.

Los otros dos tenían tal miedo, que se decidieron á seguirle: no se atrevían ya á huir solos.

Acababan de pasar por delante de un haz de leña grande que, sin saber por qué, les animaba en su soledad, cuando de un zarzal salió volando una lechuza, que estremeció las ramas. Las lechuzas tienen el vuelo pesado y de oblicuidad imponente. El ave cruzó al través por cerca de los niños, fijando en ellos la redondez de sus ojos, que brillan en la oscuridad.

Tembló el grupo de niños que iba detrás del francesito.

Este apostrofó á la lechuza:—Pajaraco, vienes demasiado tarde; retírate.

Diciendo esto avanzó.

El crujido que hacían sus zapatos gruesos y claveteados al pisar las alia-gas no impedía oír los ruidos del interior de la casa, que subían y bajaban con la acentuación tranquila y la continuidad del diálogo.

De pronto el aprendiz de calafate exclamó:

—Qué demonio! Solo los bestias creen en brujas.

Ser insolente ante el peligro dá aliento á los rezagados y los empuja hacia adelante. Los dos rapaces de Torteval se pusieron en marcha, graduando su paso por el del guía.

La casa hechizada les producía el efecto de crecer desmesuradamente. En esta ilusión óptica del miedo había algo de realidad. La casa crecía en efecto, porque se iban acercando á ella.

Las voces que procedían del interior del edificio sonaban cada vez con más claridad. Los chiquillos las oían. De vez

en cuando se destacaban dos ó tres palabras claramente articuladas, pero de comprensión imposible y que sonaban extrañamente. Los muchachos se paraban, escuchaban, y luego volvían á avanzar.

—Se oye la conversación de los aparecidos, murmuró el aprendiz de calafate; pero yo no creo en ellos.

Los rapaces de Torteval tuvieron intención de esconderse detrás del haz de leña, pero le habían dejado ya muy atrás y el francesillo seguía marchando hacia la casa. Tenían miedo de separarse de él y le seguían perplejos, andando poco á poco.

El aprendiz de calafate se volvió hacia ellos y les dijo:

—Os aseguro que no hay aparecidos; no los hay.

La casa crecía más cada vez; las voces iban siendo muy claras. Estaban ya muy cerca de ella, y reconocieron que había en el edificio algo parecido á una luz que agoniza. Producía un resplandor muy vago, uno de esos efectos de linterna sorda que acabamos de indicar y que son propios de los conventículos de brujas. Cuando estuvieron á pocos pasos de la casa hicieron alto.

Uno de los dos niños de Torteval aventuró tímidamente esta observación:

—No son aparecidos; son damas blancas.

—¿Qué es eso que cuelga de una ventana? preguntó el otro.

—Parece una cuerda.

—Es una serpiente.

—Es la cuerda de un ahorcado, dijo el francesillo con autoridad. Eso les sirve.

Dando tres pasos, ó por mejor decir tres saltos, llegó hasta la misma pared del edificio. Había algo de fiebre en este atrevimiento.

Los otros dos niños, estremecidos y espeluznados, le imitaron y se pegaron á él, uno á la derecha y otro á la izquierda. Los tres aplicaron el oído á la pared.

En la casa seguían hablando.

Hé aquí lo que decían los fantasmas: (1)

—Está entendido?

—Entendido.

—Quedamos en ello?

—Lo dicho, dicho está.

—¿Esperará un hombre aquí y podrá irse á Inglaterra con Blasito?

—Pagando.

—Por supuesto, pagando.

—¿Blasito le llevará á bordo sin enterarse de qué país es?

—Eso no nos importa.

—Sin preguntarle su nombre?

—No buscamos su nombre, sino su bolsillo.

—Pues bien; el hombre le esperará aquí en esta misma casa.

—¿Es necesario que le demos algo de comer?

—No le faltará.

—Traes provisiones?

—Este saco lleno.

—Corriente.

—¿Puedo dejarlo aquí sin que nadie le meta mano?

—¿Somos acaso ladrones los contrabandistas?

—Vosotros cuándo os vais?

—Mañana por la mañana.

—Si el hombre estuviese dispuesto, podría venir con nosotros.

—No lo está aun.

—Lo siento.

—¿Cuántos días tendré que aguardar en esta casucha?

—Dos ó tres ó cuatro.

—Blasito vendrá?

—Vendrá.

—A Pleyntmont?

—A Pleyntmont.

—Cuándo?

—La semana que viene.

—Qué día?

—Viernes, sábado ó domingo.

—No faltará?

—No falta nunca.

—Haga el tiempo que quiera?

—No tiene miedo al tiempo. Yo soy Blas y él es Blasito.

—¿Así, pues, no puede dejar de venir á Guernesey?

—Venimos un mes cada uno.

—Entendido.

—De hoy á ocho días, á contar desde el sábado próximo, no pasarán cinco días sin que Blasito llegue.

—Y si hay tempestad?

—Blasito tardará más en venir, pero de todos modos vendrá.

—De dónde viene?

—De Bilbao.

—A dónde vá?

—A Portland.

—Bien.

—O á Tor-Bay.

—Mejor.

—Ese hombre puede estar tranquilo.

—No le venderá Blasito?

—Los cobardes son traidores, pero nosotros somos valientes. El mar es la

(1) Este diálogo que sigue lo escribe en español Victor Hugo,

iglesia del invierno. La traicion es la iglesia del infierno.

—Nadie oye lo que hablamos?

—Nadie. El terror hace la soledad alrededor de esta casa.

—Lo sé.

—¿Quién habia de atreverse á escucharnos?

—Es verdad.

—Además, aunque álguien nos oyese no nos entenderia. Hablamos una lengua desconocida en el pais. Ya que tú la posees, debes ser de los nuestros.

—He venido á tratar con vosotros.

—Está bien.

—Ahora ya nada más tengo que decirte. El negocio está arreglado. Adios.

—Adios.

—Pero dime; si el pasajero no quisiera que Blasito le llevase á Portland ni á Tor-Bay, sino á otra parte...

—Si tiene onzas...

—Hará Blasito lo que él quiera?

—Blasito hará lo que las onzas quieran.

—¿Se tarda mucho tiempo en llegar á Tor-Bay?

—El hombre propone y el viento dispone.

—Ocho horas?

—A veces más, á veces menos.

—Blasito obedecerá al pasajero?

—Si el mar obedece á Blasito.

—Le pagará muy bien.

—Se supone. Pero el oro es oro y el viento es viento.

—Es verdad.

—El hombre con el oro hace lo que puede, pero Dios hace lo que quiere con el viento.

—Aquí estará el viernes el hombre que desea marcharse con Blasito.

—Bien.

—A qué hora suele llegar Blasito?

—Por la noche. Por la noche llega y por la noche parte. Nosotros tenemos una mujer que se llama Mar y una hermana que se llama Noche. La mujer nos engaña alguna vez. La hermana nunca.

—Está el trato cerrado. Adios.

—Buenas noches. ¿No echamos un trago de aguardiente?

—Gracias.

—Es mejor que jarabe.

—Me has dado tu palabra.

—Sí, y mi nombre es Pundonor.

—En ella confio. Adios.

—Eres gentleman y yo soy caballero.

Era evidente que solo los diablos podian hablar de un modo tan extraño. Despues que los oyeron los rapaces,

huyeron á todo correr, incluso el francés, que, convencido al fin de que habia aparecidos, corria más de prisa que los otros.

Al llegar el martes próximo, el señor Clubin se encontraba en Saint-Malo conduciendo la *Duranda*.

El *Tamaulipas* seguia en la rada.

El señor Clubin, fumando en la pipa, preguntó al dueño de la posada Jean:

—Cuándo parte el *Tamaulipas*?

—Pasado mañana jueves, le respondió el posadero.

Aquella noche el señor Clubin cenó en la mesa de los guardacostas y, contra su costumbre, salió de la posada despues de cenar, por lo que no pudo estar en el despacho de la *Duranda* y tuvo que dejar casi abandonado el cargamento. Esto lo encontraron muy raro en un hombre tan exacto.

Habló algunos instantes con su amigo el cambista.

Entró dos horas despues del toque de Oraciones. La campana brasileña dá este toque á las diez. Se retiró, pues, el señor Clubin á la media noche.

## VI.

### La Jacressarde.

Hace cuarenta años Saint-Malo tenia una callejuela que se llamaba Contanchez, que ya no existe. La formaba una doble fila de casas de madera, inclinadas unas hácia otras, que dejaban entre sí bastante sitio para que pasase el arroyo que llamaban calle. Se andaba con las piernas abiertas por los dos lados del agua, tropezando con la cabeza ó con los codos en las casas de la izquierda y de la derecha. Aquellos viejos barracones de la Edad Media normanda tenian perfiles casi humanos, se parecian á las brujas. Sus picos en angulo entrante, sus desplomes, sus tejadillos circunflejos, sus malezas de hierro viejo figuraban labios, barbas, narices y cejas. El tragaluz de la boardilla era un ojo tuerto. La mejilla era la pared argugada y herpética. Dichas casuchas se tocaban de frente como si maquinasen un mal golpe. Todas las palabras de la antigua civilizacion, como garito, ladronea, mal paso, se refieren á aquella arquitectura.

Una de las casas de la callejuela Contanchez, la mayor y la más famosa, se llamaba la Jacressarde.

La Jacressarde era la morada de los

que no vivian en ninguna parte. En todas las ciudades, particularmente en las de los puertos de mar, hay debajo de la poblacion un residuo.

Este residuo se compone de gente sin oficio ni beneficio, sin casa ni hogar, de espumadores de aventuras, de cazadores de expedientes, de químicos de la estafa, de existencias en bancarrota, de conciencias que han renunciado á su balance, de los que han abortado en la escalada y en los robos con fracturas, de trabajadores y trabajadoras del mal, de pícaros reducidos á la indigencia, de malhechores mal recompensados y de mero-deadores del crimen. Tal es el personal de dicho residuo.

En él la inteligencia humana es bestial: aquello es el monton de basura de las almas, en cuyo rincon de vez en cuando se dan esos escobazos que se llaman visitas de policia.

Los que se encuentran en esas madrigueras no son los grandes criminales, los bandidos, los salteadores, los grandes productos de la ignorancia y de la indigencia. Si en ella se halla representado el asesinato es por algun borracho brutal; los rateros y los fulleros constituyen la mayoría de sus habitantes. Aquella morada es más el esputo de la sociedad que el vómito. Allí se encuentra el truhán, pero no el bandolero. Sin embargo, esto no es una regla general. En el último piso de los bohemios pueden encontrarse extremidades malvadas. Un dia, echando la red barredera en el Episicé, que era para Paris lo que la Jacressarde para Saint-Malo, la policia pescó á Lacenaire.

Aquellas guaridas lo recibian todo. La caída es una nivelacion. Alguna vez cae allí la honradez cubierta de harapos. La virtud y la probidad corren tambien algunas veces extrañas aventuras. No se debe en globo, ni apreciar los Louvres, ni despreciar los presidios. El respeto público, lo mismo que la reprobacion universal, deben andar con piés de plomo para no ser sorprendidos. Es posible hallar un ángel en un lupanar y una perla en un estercolero.

La Jacressarde era, más que una casa, un patio, y más que un patio, un pozo. No tenia habitaciones á la parte de la calle, y constituia su fachada una tapia alta con una puerta baja. El que queria entrar levantaba el picaporte, empujaba la puerta y se encontraba en un patio.

En medio del patio habia un agujero

redondo, rodeado de márgenes de piedra al nivel del suelo. Era un pozo. El patio era pequeño y el pozo grande.

El patio, que era cuadrado, tenia tres frentes edificados. Por la parte de la calle, delante de la puerta, habia habitaciones á derecha é izquierda.

El que se arriesgaba á penetrar allí de noche, oia como una especie de ruidos de alientos mezclados, y si brillaba la luna ó las estrellas lo bastante para dar forma á los lineamientos oscuros que tenia ante la vista, hé aquí lo que vislumbraba:

Alrededor del patio, delante de la puerta, un cobertizo formando una especie de herradura cuadrada; una galería carcomida, enteramente abierta; un techo de vigas grandes y desiguales, que sostenian pilares de piedra, guardando entre sí diferentes distancias; en el centro el pozo; alrededor de éste, en una pañera, formando como un rosario circular, suelas de zapatos colocadas verticalmente, tacones de botas desgastados, dedos pasando por los agujeros de unos y de otros, talones desnudos y piés de hombres, de mujeres y de niños. Todos los piés dormian.

Más allá de los piés, en cuanto la vista se abismaba en la penumbra del cobertizo, divisaba cuerpos, formas, cabezas adormecidas, andrajos de dos sexos, promiscuidad en el estiércol y no sé qué siniestra confusion humana. Aquel era el cuarto de dormir de todo el mundo. Se pagaban allí dos sueldos por semana. Los piés tocaban en el pozo. En las noches de tempestad llovía sobre aquellos piés; en las noches de invierno nevaba sobre aquellos cuerpos.

Quiénes eran aquellos seres? Desconocidos. Entraban allí por la noche y se marchaban por la mañana. El orden social se complica con esas larvas. Algunos pasaban allí una noche y no pagaban. La mayor parte de ellos no habian comido en todo el dia. Dormian el mismo sueño del abatimiento en el mismo lecho de lodo todos los vicios, todas las abyecciones y todas las angustias. Los sueños de todas aquellas almas constituian buena vecindad. Acudian á la fúnebre cita y se removian y se amalgamaban, respirando los mismos miasmas, las lasitudes, los desfallecimientos, las borracheras, los remordimientos y los apetitos desordenados. La podredumbre humana fermentaba en aquella tina. La arrojaba allí la fatalidad, el viaje en buque, la salida de la cárcel, la suerte

y la noche. Cada día el destino vaciaba allí su cesta. Entraba allí quien quería, dormía el que podía y hablaba el que se atrevía. Aquel era un sitio de cuchicheos. Trataban de olvidar durmiendo. Tomaban de la muerte lo que podían. Cerraban los ojos en aquella agonía, que volvía á empezar todas las noches. No había paja para todos, y más de un cuerpo desnudo se arrastraba por el suelo. Algunos se acostaban derrengados y se levantaban anquilosados.

El pozo, sin baranda y sin tapia, estaba siempre abierto y tenía treinta piés de profundidad. En él caía la lluvia, se rezumaban las inmundicias y se filtraban los arroyos del patio. Junto á él estaba el cubo para sacar agua. El que tenía sed bebía de aquel pozo; el que estaba cansado de vivir se ahogaba en él. Del sueño sobre el estiércol pasaba al sueño de la muerte. En 1819 sacaron de aquella agua inmunda el cadáver de un joven de catorce años. Para no correr peligro en aquella casa era preciso ser de la cofradía; los legos estaban allí mal vistos.

Aquellos séres se conocían? No; se oían.

Era dueña de la casa una mujer joven, bastante bien parecida, que usaba gorra con cintas, que se lavaba algunas veces con agua del pozo y que llevaba una pierna de palo.

En cuanto amanecía, el patio se vaciaba y los huéspedes se iban cada uno por su lado.

En el patio había gallinas y un gallo, que pasaban el día escarbando la basura. Atravesaba el patio un tirante horizontal que descansaba sobre dos postes y tenía la figura de una horca, que no estaba allí muy fuera de su lugar. Con frecuencia, despues de una noche de lluvias, tendía el tirante para que se secase allí un vestido de seda, mojado y lleno de lodo, la mujer de la pierna de palo.

Encima del cobertizo, formando con éste un marco alrededor del patio, había un piso y encima del piso una buhardilla. Una escalera de madera carcomida, que taladraba el techo del cobertizo, conducía hasta arriba, y por esta escalera, que se bamboleaba, subía con trabajo y haciendo mucho ruido la mujer coja.

Los inquilinos de paso habitaban en el patio y los inquilinos de temporada vivían en los cuartos.

Los cuartos de la casa tenían ventanas, pero sin cristales; jambas, pero sin

puertas; chimeneas, pero sin fogón. Se pasaba de una estancia á otra, lo mismo por un agujero cuadrado que había sido puerta, que por un hueco triangular, que era el espacio intermedio de las viguetas del tabique. La argamasa caída cubría el suelo. No se comprende cómo la casa no se asolaba. El viento la movía. Subían como podían por los gastados y resbaladizos peldaños de la escalera. No había ningún mueble. Solo se encajaban en los rincones dos ó tres jergones, por cuya tripa abierta se veía más ceniza que paja. Se veía en diferentes puntos un cántaro y un barreño. Se aspiraba en toda la casa olor repugnante y nauseabundo.

Las ventanas daban al patio, y éste, visto desde ellas, parecía la parte superior de un carro de basura. Los objetos, dejando aparte á los hombres, se pudrían, se enmohecían y se llenaban de herrumbre, y eran indescriptibles.

Además de la población flotante, acantonada en el patio, la Jacressarde tenía tres inquilinos; un carbonero, un traperero y un alquimista. El carbonero y el traperero ocupaban dos de los jergones del primer piso; el alquimista vivía en la buhardilla. No se sabe en qué rincón se acostaba la dueña de la casa. El alquimista, fabricante de oro, era algo poeta. Habitaba bajo el techo, en un cuarto que tenía una ventanilla estrecha y una chimenea grande de piedra, en la que mugía el viento. Como la ventanilla no tenía bastidor, clavó encima de ella un pedazo de lona, procedente de la vela de un buque, y la lona dejaba pasar poca luz y mucho frío. El carbonero pagaba el alquiler de vez en cuando dando una espuerta de carbon, el traperero pagaba el suyo dando un celemin de granos por semana para las gallinas, y el fabricante de oro no pagaba de ninguna manera, pero en cambio quemaba la casa. Poco á poco había arrancado el maderamen que había en ella, y frecuentemente sacaba de la pared del techo una astilla para calentar su marmita de hacer oro. En el tabique, sobre el jergon del traperero, había dos columnas de guarismos que él mismo trazaba con yeso cada semana; una columna de 3 y otra de 5, según que el celemin del grano costaba tres liards ó cinco céntimos. La marmita de hacer oro del químico era una bomba vieja y cascada, que él promovió al empleo de caldera, y en ella combinaba sus ingredientes. La trasmutación le absorbía. Hablaba algunas veces con los

mendigos del patio, que se le burlaban. El decía para sus adentros: *Esas gentes están llenas de preocupaciones*. Había resuelto no morir sin echar la piedra filosofal al tejado de vidrio de la ciencia. Su hornillo comía mucho combustible; había consumido ya todo un tramo de la escalera. Toda iba pasando por él á fuego lento. La patrona le decía:—“No me vais á dejar más que la cáscara;” pero él la desarmaba dedicándola versos.

El criado de la casa era un chiquillo, quizás enano, de doce á sesenta años de edad, escrofuloso y que tenía siempre la escoba en la mano. Los parroquianos habituales entraban por la puerta del patio; el público entraba por la tienda.

Qué era la tienda? La alta pared que formaba la fachada que caía á la calle tenía á la derecha de la entrada del patio una abertura en escuadra, que era á la vez puerta y ventana, con postigo y bastidor, único postigo en toda la casa que tenía goznes y cerrojos y único bastidor que tenía cristales. Detrás de la delantera abierta á la calle había un cuartito tomado del cobertizo, que servía de dormitorio general. En la puerta de la calle se leía la siguiente muestra, escrita con carbon: *Aquí se enseñan curiosidades*. La frase gustó. Sobre tres tablas, que en forma de estanterías se aplicaban á las vidrieras, se agrupaban algunos jarros de loza sin asa, un quitasol chinés bordado de figuritas y sembrado de agujeros, un paraguas que no se podía abrir ni cerrar, pedazos de hierro y de porcelana informes, sombreros de hombre y de mujer desfundados, tres ó cuatro caracoles de mar, algunos paquetes de botones viejos de hueso y de cobre, una tabaquera con el retrato de María Antonieta y un tomo descabaldado del álgebra de Boisbertrand. Este era el surtido de curiosidades de aquella tienda. La tienda, por una puerta trasera comunicaba con el patio del pozo. Había allí una mesa y un taburete. La mujer coja se ponía detrás del mostrador.

## VII.

Compradores nocturnos y vendedor tenebroso.

El señor Clubin no estuvo en la posada Jean ni el martes ni el miércoles.

La noche de este último día, dos hombres penetraron en la callejuela de Contanchez y se pararon delante de la Jacressarde. Uno de ellos dió un golpe

en la vidriera. La puerta de la tienda se abrió y entraron. La mujer de la pierna de palo les dirigió la sonrisa que reservaba para la gente de la clase media. Encima de la mesa ardía una vela.

El que llamó dijo:

—Buenas noches, patrona; vengo por aquello.

La mujer de la pierna de palo sonrió por segunda vez y salió por la puerta trasera, que daba al patio del pozo. Poco despues se volvió á abrir dicha puerta y se presentó un hombre que venía bostezando. Llevaba gorrilla y blusa; por debajo de ésta sobresalía un objeto. Se adelantó. Se miraron todos unos á otros.

El de la blusa, que tenía aspecto de desconfiado y de tuno, inició la conversacion de este modo:

—Sois el armero?

El que había llamado respondió:

—Sí. Sois el parisiense?

—El mismo. Me llamo Peaurouge.

—Veamos aquello.

—Aquí está.

El hombre sacó de bajo de la blusa una arma muy rara en Europa en aquella época, un revólver, un revólver nuevo y brillante. Los recién venidos le examinaron. El que clasificó al hombre de la blusa de armero estudió el mecanismo. Pasó el objeto á manos del otro, que parecía no ser de la ciudad y que permanecía de espaldas á la luz.

El armero le preguntó:

—Cuánto vale?

El hombre de la blusa respondió:

—Acabo de llegar de América con él. Hay viajeros que traen de allí monos, cotorras y otros animaluchos: yo he traído un revólver, que es una invención útil.

—Cierto, respondió el armero.

—Es una pistola que hace el molinete.

—Cuánto vale?

—Suelta un tiro, y otro, y otro...

—Decidme su precio.

—Tiene seis cañones.

—Bien, pero decidme cuánto vale.

—Los seis cañones valen seis luises.

—Quereis cinco?

—Imposible; un luis por cada bala; este es su precio.

—Si quereis venderlo sed razonable.

—Os he dicho el justo precio. Examinadle bien, señor arcabucero.

—Ya lo he examinado.

—El molinete dá vueltas como el señor Talleyrand. Podría ponerse este mo-

linete en el diccionario de las veletas. Es una joya.

—Ya lo he visto.

—Los cañones son de fundicion española.

—Ya lo he notado.

—Son de herraduras retorcidas. Esta operacion se verifica de este modo: Se vacía en la fragua la canasta de un traperero de hierro viejo. Se toma todo el hierro viejo que se encuentra á mano, clavos de albéitar, herraduras rotas...

—Y hojas viejas de hoces y de guadañas...

—Iba á decirlo, señor armero. Se calienta todo eso al fuego, formando una magnífica pasta de hierro...

—Sí, pero puede tener quebrajas...

—Pero eso se remedia con colas de golondrina, así como se evitan los riesgos de las hojas golpeando con fuerza. Se machaca la pasta con el martillo, se le dan otras dos caldas, y si el hierro se ha quemado, se le vuelve á su estado primitivo por medio de otras caldas lentas y batiéndolo con suavidad. Despues se le estiva, luego se le arrolla y en seguida se hacen estos cañones.

—Por lo visto sois del oficio?

—Sé de todos los oficios.

—Los cañones hacen aguas.

—Este es un nuevo mérito, señor armero. Esas aguas se dan con manteca de antimonio.

—Pues bien, dádmelo por cinco luis.

—Ya os dije que queria seis.

El armero, bajando la voz, le habló así:

—Haceis mal de no aprovecharos de la ocasion y de no deshaceros de esta arma, que no sirve para nosotros, porque llama demasiado la atencion.

—En efecto, dijo el parisiense, se vé demasiado. Es mejor para un hombre de su casa.

—Pues insisto en daros cinco luis.

—No, seis. Uno por cada tiro.

—Os daré seis napoleones.

—Quiero seis luis.

—Se conoce que no sois bonapartista.

Preferís un luis á un napoleon.

El parisiense, sonriéndose, le contestó:

—Napoleon es mejor, pero Luis vale más.

—Seis napoleones.

—Seis luis. La diferencia para mí es de veinticuatro francos.

—Entonces no lo compraré.

—Me quedaré con mi joya.

—Quedaos con ella.

—No rebajo nada. No quiero desha-

cerme de una maravilla por un pedazo de pan.

—Entonces buenas noches.

—Este es un progreso sobre la pistola.

—¿Quereis cinco luis y un escudo para echar un trago?

—No; repito que no lo daré por menos de seis luis.

El hombre que daba las espaldas á la luz, y que no hablaba, durante el diálogo hacia girar el mecanismo. Se acercó al armero y le preguntó al oido:

—El rewólver es bueno?

—Excelente.

—Doy los seis luis.

Cinco minutos despues, mientras el parisiense Peaurouge metia en un bolsillo secreto que tenia su blusa debajo del sobaco los seis luis de oro que acababa de recibir, el comprador, metiéndose el rewólver en el bolsillo del pantalon, salia con el armero de la callejuela de Contanchez.

## VIII.

Carambola de la bola roja y de la bola negra.

Al dia siguiente, que era jueves, á poca distancia de Saint-Malo, cerca de la Punta del Decollé, en un sitio en que la costa es alta y el mar profundo, sucedió una escena trágica.

La lengua de rocas en forma de lanza que se une á la tierra por estrecho istmo, se prolonga en el agua y termina de pronto en una gran rompiente cortada á pico. Para llegar, viniendo de la playa, á la meseta de la roca cortada á pico, se sigue un plano inclinado, cuya subida es algunas veces muy áspera.

En dicha meseta estaba de pié á las cuatro de la tarde un hombre, envuelto en un ancho capoton de ordenanza y armado bajo el capoton, lo que se conocia en ciertos pliegues rectos y angulosos que éste formaba. La meseta donde se encontraba dicho hombre era una plataforma espaciosa, sembrada de gruesos cabos de roca, que dejaban entre sí pasajes estrechos. La plataforma, en la que crecia yerbecilla menuda y espesa, terminaba por la parte del mar en un espacio libre que conducia á un barranco vertical. El barranco, que se elevaba unos sesenta piés encima del mar, parecia haberse tallado á plomo. Esto no obstante, su ángulo izquierdo se deterioraba y ofrecia una de esas escaleras naturales propias de los acantilados de



CAYÓ DE CABEZA AL MAR.

granito, cuyos escalones poco cómodos exigen algunas veces zancadas de gigante ó saltos de volatinero. La escalera de rocas bajaba perpendicularmente hasta el mar y en él se hundía. Era casi un precipicio, pero allí se podía verificar un embarco y un desembarco.

El viento soplaba. El hombre del capoton estaba firme en su puesto, la mano izquierda le servía de apoyo al codo derecho, cerraba un ojo y aplicaba el otro á un anteojo de larga vista. Parecía absorto en grave atencion. Estaba cerca del borde del acantilado, permaneciendo allí inmóvil y con la mirada imperturbablemente fija en un punto del horizonte. Había subido la marea. El oleaje se estrellaba á sus piés contra las rocas.

Lo que observaba, aquel hombre era un buque en alta mar que evolucionaba de una manera sospechosa.

El buque, que hacia una hora que habia salido del puerto de Saint-Malo, se detuvo detrás de los Banquetiers. Era una fragata. No habia arrojado el ancla, tal vez porque el fondo no le hubiera permitido decaer del rumbo sobre el cable y porque cerrara su ancla bajo el tajamar; se limitaba á permanecer en facha.

El hombre, que era un guardacostas, como lo indicaba su capoton de uniforme, espiaba las maniobras de la fragata y parecia que mentalmente tomaba nota de ellas.

El buque se habia puesto al paio, barloventando, como lo indicaba el velacho que tenia cargado y la gavia que tenia desplegada; habia entablado el palo de mesana y orientado el mastelero de juanete y vergas de periquito, de manera que unas á otras las velas se contrariasen y de este modo podia arribar poco y derivar menos. No se cuidaba de presentarse al viento, porque no habia braceado el velacho más que perpendicularmente, con cuyo procedimiento, cayendo de un lado al otro, no derivaba más que una media legua por hora.

Era aun de dia, sobre todo en alta mar y en la cumbre de la meseta. La parte baja de las costas iba oscureciéndose.

El guardacostas, entregado al cumplimiento de su deber y espiando concienzudamente en el mar, no pensaba en escudriñar las rocas que habia debajo de él y á sus lados. Daba las espaldas á la especie de escalera poco practicable que comunicaba la meseta del acantila-

do con el mar, y no notó que allí se movía algo. En la escalera, detrás de una fragosidad, habia un hombre escondido, y segun todas las apariencias desde antes de la llegada del guardacostas. De vez en cuando en la oscuridad asomaba una cabeza por debajo de la roca, miraba hácia arriba y acechaba al acechador. Cubria aquella cabeza un sombrero ancho y americano; era la cabeza del cuáker, la del hombre que diez dias antes estaba conversando en el Petit-Bey con el capitán Zuela.

De repente redobló la atencion el guardacostas. Limpió rápidamente con la bocamanga el cristal del anteojo y lo dirigió con energía á la fragata. Vió que se desprendia de ésta un punto negro. El punto negro, parecido á una hormiga en el mar, era una embarcacion. Esta embarcacion queria, al parecer, acercarse á tierra. La tripulaban algunos marineros, que bogaban vigorosamente; oblicuaba poco á poco y se dirigia á la Punta del Decollé.

El acecho del guardacostas llegó á su mayor grado de fijeza. Acercándose más al borde del acantilado, no perdía un solo movimiento de la embarcacion.

En aquel instante el cuáker, que era de alta estatura, salió por detrás del guardacostas, en lo alto de la escalera. El acechador no lo veía.

El cuáker se detuvo un momento, con los brazos caidos y los puños cerrados, y con la vista del cazador que apunta, se fijó en la espalda del guardacostas. Solo le separaban de él cuatro pasos; adelantó un pié, luego se paró; dió un segundo paso y volvió á detenerse; no hacia más movimiento que el de andar; todo el resto de su cuerpo era una estátua; dió el tercer paso y se detuvo otra vez: tocaba casi al guardacostas, que permanecia inmóvil mirando con el anteojo. Levantó lentamente las dos manos cerradas á la altura de las clavículas; despues, bruscamente, sus antebrazos se desplomaron y los dos puños, como soltados por el fiador de una llave de fusil, hirieron los dos hombros del guardacostas. El choque fué siniestro. El guardacostas no tuvo tiempo ni de lanzar un grito. Cayó de cabeza desde lo alto de la meseta en el mar. Instantáneamente se vieron las suelas de sus zapatos y nada más. Cayó como una piedra que cae al agua y todo se cerró tras él, formando solo dos ó tres grandes círculos. En las rocas solo quedó el ante-